

guiere.» Entonce lo sentó consigo á la mesa, donde comieron como en mesa de tal hombre.

El Patin miraba á todas partes, é como veía tantos caballeros, maravillábase de los ver, é no tenía en tanto como nada la casa del Emperador su hermano ni ninguna otra que él hobiese visto. Don Grumedan lo llevó á su posada, por mandado del Rey, é le hizo mucha honra. Otro día, despues de haber oído misa, el Rey tomó consigo al Patin é á don Grumedan, é fué para la Reina, que ya sabía quién era por el Rey. Recibido della, lízole sentar ante sí é cabe su hija, que muy menoscabada era de la hermosura que tener solia por la saña que ya oistes. Cuando el Patin la vió fué espantado, y entre sí decía que todos los que la loaban no decían la mitad de lo que ella era hermosa; así que, fué su corazón mudado de aquello por que viniera, é puesto en haberla con todas sus fuerzas, é pensó que seyendo él de tan gran guisa é tan bueno en sí, y que habria el imperio, que si la demandase en casamiento, que no le seria negada; é apartando al Rey é á la Reina, les dijo: «Yo soy venido á vuestra casa por casamiento mio é de vuestra hija; é esto es por la bondad vuestra é por la su fermosura; que si otras yo quisiese de tan gran guisa, fallaria, segun quien yo soy é lo que espero tener.» El Rey le dijo: «Mucho vos agradecemos lo que dicho habeis, mas yo é la Reina hemos prometido á nuestra hija de no la casar contra su voluntad, é converná que le hablemos ante de os responder.» Esto decía el Rey porque no fuese dél desavenido; mas no tenía en corazón de la dar á él ni á otro que de aquella tierra, donde ella habia de ser señora, la sacase.

Esta respuesta fué el Patin muy contento, y esperó allí cinco dias, pensando recaudar aquello que tanto deseaba; mas el Rey ni la Reina, teniéndolo por desvario, no dijeron nada á su hija; mas el Patin preguntó un día al Rey cómo le iba en su casamiento; él le dijo: «Yo fago cuanto puedo; mas menester es que hableis con mi hija é le roguéis que haga mi mandado.» El Patin se fué á Oriana é díjole: «Señora Oriana, yo os quiero rogar una cosa, que será mucho vuestra honra é provecho.—¿Qué cosa es? dijo ella.— Que hagais mandado de vuestro padre,» dijo él. Ella, que no sabia por cuál razon lo decía, dijo: «Eso faré yo muy de grado; que bien cierta soy que se ganan estas dos cosas que decis, honra é provecho.» El Patin fué muy ledo de tal respuesta, que bien cuidó que ya la habia ganado, é dijo: «Yo quiero ir por esta tierra á buscar las aventuras, é antes de mucho oiréis hablar de mí tales cosas, que con mas razon os harán otorgar lo que yo deseo.» E así lo dijo al Rey, que luego se queria partir por ver las maravillas de aquella su tierra. El Rey le dijo: «En vos es eso; mas si me creyérdes, dejáros-hí-ades dello; que hallaréis grandes aventuras é peligrosas, é muy fuertes é recios caballeros, usados en armas.—De todo eso, dijo él, me place mucho; que si ellos son fuertes é ardides, no me fallarán flaco ni laso; lo que mis obras os dirán.» Y despedido dél, fué su camino, muy alegre de la respuesta de Oriana, é por esta causa lo iba cantando, como ya oistes, cuando la su contraria fortuna lo guió á aquella parte donde Amadis hacia su duelo. Esta es la razon por donde este caballero vino de tierra tan lueña.

Pues agora sobre el propósito tornando, que despues que Durin se apartó de Amadis, seyendo ya de día claro, pasó por donde el Patin estaba llagado, y él habia de la cabeza quitado lo que del yelmo le quedara, é tenía todo el rostro y el pescuezo lleno de sangre, é como vió á Durin, díjole: «Buen doncel, decidme, que Dios os haga hombre bueno, si sabeis aquí cerca algun lugar donde podiese haber remedio desta llaga.—Sí sé, dijo él; mas en los que allí son es la tristeza tan sobrada, que en al no pararán mientes.—¿Por qué es eso? dijo el caballero.—Por un caballero, dijo Durin, que habiendo ganado aquel señorío, é visto las imágenes é cosas secretas de Apolidon é su amiga, lo que otro ninguno hasta agora ver pudo, es de allí partido con tan gran pesar, que dello no se espera si su muerte no.—A mí me parece, dijo el caballero, que hablais de la insula Firme.—Verdad es, dijo Durin.—¿Cómo! dijo el caballero, ¿ya tiene señor? por Dios pésame; que allá iba yo por me probar ende é ganar el señorío.» Durin se sonrió é dijo: «Cierto, caballero, si de vuestra bondad algo no traeis encobierta, cuanto por lo que aquí mostrastes, poca pro os toviere, é antes creo que fuera vuestra deshonra.» El caballero se levantó así como pudo, é quisole echar mano de la rienda; mas Durin se arretró dél, é como lo no pudo tomar, dijo: «Doncel, decidme quién fué el caballero que la insula Firme ganó.—Decidme vos primero quién sois, dijo Durin.—Por eso no quedará, dijo él; sabed que yo soy el Patin, hermano del emperador de Roma.—A Dios merced, dijo Durin, que sois mas alto de linaje que de bondad de armas ni de mesura. Agora sabed que el caballero por quien preguntais es aquel que de vos se partió; que, segun lo que en él vistes, bien podréis creer que mereció ser dino de ganar lo que ganó.» E partiéndose dél, se fué su via, é tomó del derecho camino de Lóndres, con gran gana de contar á Oriana todo lo que viera de Amadis.

CAPITULO V.

Cómo don Galaor é Florestan é Agrájes se fueron en busca de Amadis, é de cómo Amadis, dejadas las armas é mudando el nombre, se retrajo con un buen viejo en un ermita á la vida solitaria.

Cómo Amadis se partió con gran cuita de la insula Firme, ya se vos dijo que fué tan encobierdo, que don Galaor ni don Florestan, sus hermanos, y su primo Agrájes no lo sintieron, é cómo tomó seguridad de Isanjo que gelo no dijese hasta otro día, despues de haber oído misa; pues Isanjo así lo hizo, que habiendo oído la misa, ellos preguntaron por Amadis, y él les dijo: «Armadvos, é decirvos he su mandado.» Y desde armados fueron Isanjo comenzó á llorar muy fieramente é dijo: «¡Oh señores, qué cuita é qué dolor vino sobre nosotros en nos durar tan poco nuestro señor!» Entonce les contó cómo Amadis se partiera del castillo, é la cuita y el duelo que hiciera, é todo cuanto les mandara decir, é lo que á él mandaba hacer de aquella tierra, é cómo les rogaba que no fuesen en pos dél, que no podian por ninguna manera ponerle remedio ni darle conhorto, é que por Dios no tomasen pesar por la su muerte. «¡Oh santa María! val, dijeron ellos; á morir va el mejor caballero del mundo; menester es que, pa-

sando su mandado, lo vayamos á buscar, é si con nuestra vida no le podiéremos dar consuelo, será nuestra muerte en compañía de la suya.» Isanjo dijo á don Galaor cómo le rogaba que hiciese caballero á Gandalin é trajese consigo á Ardian el enano. Y esto les decía Isanjo haciendo muy gran duelo, y ellos por el semejante. Galaor tomó entre sus brazos al Enano, que hacia gran duelo é daba con la cabeza en una pared, é díjole: «Ardian, véte conmigo, como lo mandó tu señor; que lo que de mí fuere será de tí.» El Enano le dijo: «Señor, yo vos aguardaré, mas no por señor, hasta que sepa nuevas ciertas de Amadis.»

Entonce cabalgaron en sus caballos, é mostrándoles Isanjo el camino que Amadis llevara, por él todos tres se metieron, é andovieron todo el día sin que hallasen á quien preguntar, é llegaron donde estaba el Patin llagado é su caballo muerto, é sus escuderos, que eran venidos, é andaban cortando madera é ramas en que lo llevasen, que estaba muy desmayado de la mucha sangre que perdiera, é no les pudo decir nada, é hizoles señas que lo dejasen; é preguntaron á los escuderos que quién hiriera á aquel caballero. Ellos dijeron que no sabian sino tanto que cuando ellos á él llegaron, que les dijo que habia justado con un caballero que de la insula Firme venia, y que lo derribara del primer encuentro muy ligeramente, y que luego tornara á cabalgar, é de un solo golpe de la espada le hiciera aquella llaga é le matara el caballo; é desde se dél partió dijo que habia sabido de un doncel que aquel caballero era el que ganó el señorío de la insula Firme. Don Galaor les dijo: «Buenos escuderos, ¿vistes vos á la parte que ese caballero fué?—No, dijeron ellos; pero antes que allí llegásemos vimos por esta floresta ir un caballero armado, encima de un gran caballo, llorando é maldiciendo su ventura, é un escudero en pos dél, que las armas le llevaba; y el escudo habia el campo de oro, é dos leones cárdenos en él; é asimesmo iba el escudero muy fuertemente llorando.» Ellos dijeron: «Aquel es.»

Entonce se fueron contra aquella parte á mas andar, é á la salida de aquella floresta fallaron un gran campo, en que habia muchas carreras á todas partes, en las cuales habia rastro; así que, no podian en el suyo atinar. Entonce acordaron de se partir, y que para saber lo que cada uno habia en aquella demanda buscado, é por las tierras que anduviera, fuesen juntos en el día de san Juan en casa del rey Lisuarte; é si fasta entonce su ventura les fuese tan contraria que dél no sopiesen, que allí tomarian otro acuerdo; y luego se abrazaron llorando y se partieron de en uno, llevando muy firme en sus corazones de tomar todo el afan que en la demanda ocurrir pudiese, fasta la acabar; mas esto fué en vano; que, como quiera que muchas tierras andovieron, en que grandes cosas é muy peligrosas en armas pasaron, como aquellos que de fuertes y bravos corazones eran, é sofridores de mucho afan, no fué su ventura de saber dél ninguna nueva; las cuales no serán aquí recontadas, porque de la demanda fallecieron, no la acabando, é la causa dello fué que Amadis se partió donde llagado dejó al Patin, é anduvo por la floresta, é á la salida della falló un campo en que habia muchas carreras, é desvíose dél porque de allí no tomasen ras-

tro, y metióse por un valle é por una montaña, é iba pensando tan fieramente, que el caballo se iba por donde queria; é á la hora de mediodía llegó el caballo á unos árboles que eran en una ribera de una agua que de la montaña descendia, é con el gran calor é trabajo de la noche paró allí, é Amadis recordó de su cuidado, é miró á todas partes, é no vió poblado ninguno, do que hobo placer. Entonce se apeó y bebió del agua, é Gandalin llegó, que trás él iba, é tomando los caballos é poniéndolos donde paciesen de la yerba, se tornó á su señor, é falló tan desmayado, que mas semejava muerto que vivo; mas no le osó quitar de su cuidado, y echóse delante dél. Amadis acordó de su pensar á tal hora que el sol se queria poner, y levantándose, dió del pié á Gandalin, é dijo: «¿Duerme, ó qué faces?—No duermo, dijo él, mas estoy pensando en dos cosas que á vos atañen, é si me quisierdes oír, deciros las he; si no, dejarme he dello.» Amadis le dijo: «Vé, ensilla los caballos, é irme he; que no queria que me fallasen los que me buscan.—Señor, dijo Gandalin, vos estáis en lugar apartado, é vuestro caballo, segun que está laso é cansado, si le no dais algun reposo no vos podrá llevar.» Amadis le dijo llorando: «Faz lo que por bien toviere; que folgando ni andando no tengo yo de haber descanso.»

Gandalin curó de los caballos é tornó á él, é rogólo que comiese de una empanada que traia, mas no lo quiso hacer, é díjole: «Señor, ¿quereis que os diga las dos cosas en que pensaba?—Di lo que quisieres, dijo él; que ya por cosa que se diga ni se faga no doy nada, ni querría mas vivir en el mundo de cuanto á confesion llegado fuese.» Gandalin dijo: «Todavía, Señor, os ruego que me oyais.» Entonce dijo: «Yo he pensado mucho en esta carta que Oriana vos envió, y en las palabras que el caballero con que vos combatistes dijo; como la firmeza de muchas mujeres sea muy livjana, mudando su querer de unos en otros, puede ser que Oriana os tiene errado, é quiso antes que lo vos sopiésedes fingir enojo contra vos; é la otra cosa es, que yo la tengo por tan buena y tan leal, que no así se moveria sin alguna cosa que falsamente de vos le habrán dicho, que por verdadera ella la terná, sintiendo por su corazón, que tan firme vos ama, que así el vuestro debia hacer á ella; é pues que vos sabeis que la nunca errastes, é si algo le fué dicho, que se ha de saber la verdad, en que seréis sin culpa, por donde no solamente se arrepentirá de lo que hizo, mas con mucha homildad vos demandará perdón, é tornaréis con ella á aquellos grandes deleites que vuestro corazón desea, ¿no es mejor que, esperando este remedio, comais é tomeis tal consuelo, con que la vida sostener se pueda, que muriendo con tan poca esperanza y corazón, perdais á ella y perdais la honra deste mundo, é aun el otro que tengais en condicion?—Por Dios, cállate, dijo Amadis; que tal locura y mentira has dicho, que con ello se enojaria todo el mundo; é tú dicesmelo por me conhortar, lo que no pienses que puede ser; que Oriana, mi señora, nunca erró en cosa ninguna, é si yo muero, es con razon, no porque lo yo merezca, mas porque con ello cumplo su voluntad y mando; é si yo no entendiese que por me conhortar lo has dicho, yo te tajaria la cabeza; é sábete que me has

fecho muy gran enojo, é de aquí adelante no seas osado de me decir lo semejante.» E quitándose dél, se fué paseando por la ribera ayuso, pensando tan fuertemente, que ningun sentido en sí tenía. Gandalin adormeciése, como aquel que había dos días é una noche que no dormiera; é tornando Amadís, partido ya de su cuidado, é veyendo cómo tan aseogadamente dormía, fué á ensillar su caballo, y escondió la silla y el freno de Gandalin entre unas espesas matas porque no podiese ir en pos dél; é tomando sus armas, se metió por lo mas espeso de la montaña, con gran saña de Gandalin por lo que le dijera. Pues así andovo toda la noche é otro día fasta vísperas.

Estonces entró en una gran vega que al pié de una montaña estaba, y en ella había dos árboles altos, que estaban sobre una fuente, é fué allá por dar agua á su caballo, que todo aquel día andoviera sin fallar agua; é cuando á la fuente llegó vió un hombre de orden, la cabeza é barbas blancas, é daba beber á un asno, y vestía un hábito muy pobre de lana de cabras. Amadís le saludó, é preguntóle si era de misa; el hombre bueno le dijo que bien había cuarenta años que lo era. «A Dios merced, dijo Amadís; agora vos ruego que folgueis aquí esta noche por el amor de Dios, é oirme heis de penitencia, que mucho lo he menester.—En el nombre de Dios,» dijo el buen hombre. Amadís se apeó é puso las armas en tierra, y desensilló el caballo y dejólo pacer por la yerba, y él desarmóse é fincó los hinojos ante el buen hombre, é comenzóle á besar los pies. El hombre bueno lo tomó por la mano, é alzándolo, lo fizo sentar cabe sí, é vió cómo era el mas hermoso caballero que en su vida visto había, pero vióle descolorido, é las facas é los pechos bañados en lágrimas que derramaba, é hobo dél duelo é dijo: «Caballero, parece que habeis gran cuita, é si es por algun pecado que hayais fecho, y estas lágrimas de arrepentimiento dél vos vienen, en buena hora acá nacistes; mas si vos lo causan algunas temporales cosas, que, segun vuestra edad y fermosura, por razon no debeis ser muy apartado dellas, membradvos de Dios y demandalde merced que vos traya á su servicio.» E alzó la mano y bendijole é dijole: «Agora decid todos los pecados que se os acordaren.» Amadís así lo fizo, diciéndole toda su hacienda, que nada faltó. El hombre bueno le dijo: «Segun vuestro entendimiento y el linaje tan alto donde venis no os debriades matar ni perder por ninguna cosa que vos aviniese, cuanto mas por fecho de mujeres que se ligeramente gana é pierde; é vos consejo que no pareis en tal cosa mientes é vos quiteis de tal locura, que lo fagáis por amor de Dios, á quien no place de tales cosas; é aun por la razon del mundo se debria facer, que no puede hombre, ni debe, amar á quien le no amare.—Buen señor, dijo Amadís, yo soy llegado á tal punto, que no puedo vivir sino muy poco, é ruégoo por aquel Señor poderoso, cuya fe vos manteneis, que vos plega de me llevar con vos este poco de tiempo que durare, é habré con vos consejo de mi alma; pues que ya las armas ni el caballo no me hacen menester, dejarlo he aquí, é iré con vos de pié, haciendo aquella penitencia que me mandádes; é si esto no faceis, erraréis á Dios, porque andaré perdido por esta montaña,

sin fallar quien me remedie.» El buen hombre, que lo vió tan apuesto y de todo corazon para hacer bien, dijole: «Ciertamente, Señor, no conviene á tal caballero como vos sois que así se desampare, como si todo el mundo le falleciese, é muy menos por razon de mujer, que su amor no es mas de cuanto sus ojos lo ven é cuanto oyen algunas palabras que les dicen; é pasado aquello, luego olvidan, especialmente en aquellos falsos amores que contra el servicio del alto Señor se toman; que aquel mesmo pecado que los engendra, faciéndolos al comienzo dulces é sabrosos, é aquel los face revesar con tan cruel é amargoso parto como agora vos teneis; mas vos, que sois tan bueno é teneis señorío é tierra sobre muchas gentes, é sois leal abogado é guardador de todas y todos aquellos que sinrazon reciben, é tan mantenedor de derecho, é seria gran mala ventura é gran daño é pérdida del mundo, si vos así lo fuésedes desamparado; é yo no sé quién es aquella que vos á tal estado ha traído, mas á mí parece que si en una mujer sola hobiese toda la bondad y hermosura que ha en todas las otras, que por ella tal hombre como vos no se debria perder.—Buen señor, dijo Amadís, yo no vos demando, consejo en esta parte, que á mí no es menester; mas demádoos consejo de mi alma, y que os plega de me llevar con vos, é si no lo ficiédes, no tengo otro remedio sino morir en esta montaña.» Y el hombre bueno comenzó de llorar con gran pesar que dél había; así que, las lágrimas le caian por las barbas, que eran largas y blancas, é dijole: «Mi hijo, señor, yo moro en un lugar muy esquivo é trabajoso de vivir, que es una ermita metida en la mar bien siete leguas, en una peña muy alta, y es tan estrecha la peña, que ningun navío á ella se puede llegar sino es en el tiempo del verano; é allí moro yo há treinta años, é quien allí morare conviénele que deje los vicios é placeres del mundo, é mi mantenimiento es de limosnas que los de la tierra me dan.—Todo eso, dijo Amadís, es á mi grado, é á mí place de pasar con vos tal vida, esta poca que queda, é ruégoo por amor de Dios que me lo otorgueis.» El hombre bueno gelo otorgó, mucho contra su voluntad, é Amadís le dijo: «Agora me mandad, padre, lo que faga; que en todo vos seré obediente.»

El hombre bueno le dió la bendicion, é luego dijo vísperas, é sacando de una alforja pan y pescado, dijo á Amadís que comiese; mas él no lo hacia, aunque pasaran ya tres dias que no comiera; é dijo: «Vos habeis de estar á mi obediencia, é mándoos que comais; si no, vuestra alma seria en gran peligro si así moriédeses.» Entonces comió, pero muy poco; que no podia de sí partir aquella grande angustia en que estaba; é cuando fué hora de dormir el buen hombre se echó sobre su manto é Amadís á sus piés, que en todo lo mas de la noche no hizo, con la gran cuita, sino revolverse é dar grandes sospiros; é ya cansado y vencido del sueño, adormeciése, y en aquel dormir soñaba que estaba encerrado en una cámara oscura que ninguna vista tenia, é no fallando por dó salir, quejábale el corazon; é parecíale que su prima Mabilia é la doncella de Denamarca á él venian, é ante ellas estaba un rayo de sol, que quitaba la escuridad é alumbraba la cámara, y que ellas le tomaban por las manos

y decian: «Señor, salid á este gran palacio.» E parecíale que había gran gozo; é saliendo, veía á su señora Oriana cercada al derredor de una gran llama de fuego, y él que daba grandes voces, diciendo: «¡Santa María! acórrela.» E pasaba por medio del fuego, que no sentia ninguna cosa, é tomándola entre sus brazos, la ponía en una huerta la mas verde y hermosa que nunca viera; é á las grandes voces que él dió, despertó el hombre bueno, é tomóle por la mano, diciéndole qué había. El dijo: «Mi señor, yo hobe agora dormiendo tan gran cuita, que á pocas fuera muerto.—Bien pareció en las vuestras voces, dijo él; mas tiempo es que nos vayamos.» E luego cabalgó en su asno, y entró en el camino. Amadís se iba á pié con él, mas el buen hombre le fizo cabalgar en su caballo, con gran premia que le puso, é así fueron de consuno como ois; é Amadís le rogó que le diese un don, en que no aventuraria ninguna cosa; él gelo otorgó de grado, é Amadís le pidió que en cuanto con él morase no dijese á ninguna persona quién era ni nada de su hacienda; y que no le llamase pór su nombre, mas por otro cual él le quisiese poner; y de que fuese muerto, que lo ficiese saber á sus hermanos, porque le llevasen á su tierra. «La vuestra muerte é la vida es en Dios, dijo él, é no fableis mas en ello, que él vos dará remedio si le conoceis é amais é servis como debeis; mas decidme qué nombre vos place tener.—El que vos por bien toviédes,» dijo él. El hombre bueno lo iba mirando, como era tan hermoso y de tan buen talle, é la gran cuita en que estaba, é dijo: «Yo vos quiero poner un nombre que será conforme á vuestra persona é angustia en que sois puesto; que vos sois mancebo é muy fermoso; é vuestra vida está en grande amargura y en tinieblas; quiero que hayais nombre Beltenebros.» Amadís plugo de aquel nombre, é tovo al buen hombre por entendido en gele haber con tan gran razon puesto, é por este nombre fué él llamado en cuanto con él vivió, y despues gran tiempo; que no menos que por el de Amadís fué loado, segun las grandes cosas que hizo, como adelante se dirá.

Pues hablando en esto y en otras cosas, llegaron á la mar siendo la noche cerrada, é fallaron hi una barca en que habian de pasar al hombre bueno á su ermita, y Beltenebros dió su caballo á los marineros, y ellos le dieron un pelote é un tabardo de gruesa lana parda, y entraron en la barca é fuéronse contra la peña; y Beltenebros preguntó al buen hombre cómo llamaban aquella su morada, y él cómo había nombre. «La morada, dijo él, es llamada la Peña Pobre, porque allí no puede morar ninguno sino en gran pobreza, é mi nombre es Andalod, é fui clérigo asaz entendido, é pasé mi mancebía en muchas vanidades; mas Dios, por la su merced, me puso en pensar que los que lo han de servir tienen grandes inconvenientes y entrelas contratando con las gentes, que, segun nuestra flaqueza, antes á lo malo que á lo bueno inclinados somos; é por esto acordé de me retraer á este lugar tan solo, donde ya pasan de treinta años que nunca dél salí sino agora, que vine á un enterramiento de una mi hermana.» Mucho se pagaba Beltenebros de la soledad y esquividad de aquel lugar, y en pensar de

allí morir recebia algun descanso; así fueron navegando en su barca fasta que á la peña llegaron. El ermitaño dijo á los marineros que se volviesen, y ellos se tornaron á la tierra con su barca; y Beltenebros, considerando aquella estrecha é santa vida de aquel hombre bueno, con muchas lágrimas y gemidos, no por devocion, mas por gran desesperacion, pensaba juntamente con él sostener todo lo que viviese, que á su pensar seria muy poco.

Así como ois fué encerrado Amadís con nombre de Beltenebros en aquella Peña Pobre, metida siete leguas en la mar, desamparando el mundo é la honra, é aquellas armas con que en tan grande alteza puesto era; consumiendo sus dias en lágrimas y en continuos lloros, no habiendo memoria de aquel valiente Galpano y de aquel fuerte Abies de Irlanda y del soberbio Dardan, ni tampoco aquel famoso Apolidon, que en su tiempo ni en cien años despues nunca caballero hobo que á la su bondad pasase; los cuales por su fuerte brazo vencidos y muertos fueron, con otros muchos que la historia vos ha contado. Pues si le fuese preguntada la causa de tal destroz, ¿qué respondiera? No otra cosa, salvo que la ira é la saña de una flaca mujer, poniendo en su favor aquel fuerte Hércules, aquel valiente Sanson, aquel sábio Virgilio, no olvidando entre ellos al rey Salomon, que desta semejante pasion atormentados é sojuzgados fueron, é otros muchos que decir podria, ¿con esto seria su culpa desculpada? Ciertamente no, porque los yerros ajenos son de tener en la memoria, no para los seguir, mas para fuirlos é castigar en ellos; pues ¿era razon que de un caballero tan vencido, tan sojuzgado con causa tan liviana, piedad se hobiese para de allí le sacar con dobladas victorias que las pasadas? Diria yo que no, si las cosas por él hechas en tan gran peligro suyo no se redundasen en tanto provecho de aquellos que, despues de Dios, otro reparo si el suyo no tenían. Así que, habiendo destos tales mayor mancilla que de aquel que, venciendo á todos, á sí mesmo vencer ni sojuzgar pudo, contarémos en qué forma, cuando mas sin esperanza, cuando ya llegado al estrecho de la muerte, el Señor del mundo le envió milagrosamente el reparo.

Pero porque á la orden de la historia así cumple, antes vos contarémos algo de lo que en aquel medio tiempo acaecié. Gandalin, que dormiendo en la montaña quedara cuando Amadís, su señor, dél se partió, á cabo de gran pieza despertando, é mirando á todas partes, no vió sino su caballo, y levantóse presto, é comenzó á dar voces, llorando et buscando por las espesas matas; mas de que no falló á Amadís ni su caballo, luego fué cierto que dél se había perdido, é volvió para cabalgar é ir en pos dél, mas no halló la silla ni el freno. Entonces se comenzó á maldecir á sí é á su ventura y el día en que nasciera; et andando á una é á otra parte, fallólo metido en una mata muy espesa, y ensillando su caballo, cabalgó en él, é anduvo cinco dias, albergando en los yerros y en poblado, preguntando por su señor; pero todo afan era partido; é á los seis dias la ventura lo guió á la fuente donde Amadís dejara sus armas, é falló cabe ella una tienda armada, é dos doncellas en ella, é Gandalin decendié,

y preguntóles si vieran un caballero que traía un escudo de oro, é dos leones cárdenos en él. Ellas le dijeron: «No vimos tal caballero, mas ese escudo é todo el guarnimento de caballero asaz bueno fallamos cabe esta fuente, sin que ninguno lo guardase.» Cuando él esto oyó dijo, mesando sus cabellos: «¡Oh santa María! val, muerto es ó perdido mi señor y el mejor caballero del mundo.» E comenzó á hacer tan gran duelo, que á las doncellas puso en gran mancilla, é comenzó á decir: «Señor mio; qué mal vos guardé! que de todos los del mundo debía ser con razon aborrecido, ni el mundo en sí me debía tener, pues vos yo á tal tiempo fallecí. Vos, Señor, érades aquel que á todos amparábades, é agora de todos sois desamparado; que ya el mundo é los que en él son vos fallecen; é yo, cativo, malaventurado sobre todos los que nascieron, por mengua de mi aguardamiento vos desamparé al tiempo de la vuestra dolorosa muerte.» E dejóse caer de rostros en el suelo así como muerto. Las doncellas dieron voces, diciendo: «¡Santa María! muerto es este escudero.» E fueron á él por le acordar, é nunca podían, que muchas veces se les traspasaba; mas tanto estovieron con él, echándole agua por el rostro, que le hicieron acordar é dijéronle: «Buen escudero, no vos desesperéis por lo que no sabéis cierto, que no haceis pro de vuestro señor, y mas vos conviené buscarlo fasta saber su muerte ó su vida; que los buenos con las grandes cuitas se han de esforzar, y no se dejar morir como desesperados.» Gandalin se esforzó con aquellas palabras de las doncellas, y acordó de lo buscar por todas partes, fasta que la muerte en ello le tomase, é dijo á las doncellas: «Señoras, ¿dónde vistas las armas?—Eso os dirémos de grado, dijeron ellas. Sabed que nosotras andamos en compañía de don Guilan el Cuidador, que nos sacó, é á otrasmas de veinte doncellas é caballeros, de la prision de Gandinos el follon; que Guilan hizo tanto en armas, que venciendo todas las costumbres de su castillo, é á la fin á él, nos sacó de prision á todos, é á él hizo jurar que jamás no manternia aquella costumbre; é los caballeros é doncellas se fueron donde les plugo, é nosotras venimos con Guilan á esta parte donde venimos, é bien há cuatro días que llegamos á esta fuente; é cuando Guilan vió el escudo por quien preguntáis hobo gran pesar, é descendiendo de su caballo, dijo que no era para estar así el escudo del mejor caballero del mundo; é alzólo del suelo llorando de corazon, é púsolo en aquel brazo de aquel árbol, é dijónos que lo guardásemos en tanto que él buscaba á aquel cuyo era; nosotras fecimos traer estas tiendas, é don Guilan anduvo tres días por toda esta tierra é no falló nada, y esta noche muy tarde llegó aquí, é á la mañana dió el guarnimento á los escuderos, y él ciñó la espada é tomó el escudo, é dijo: Por Dios, escudo, mal trueco es este en dejar á vuestro señor por ir conmigo. E dijo que se iba á la corte del rey Lisuarte para dar aquellas armas á la reina Brisena, que las mandase guardar; é nos allá imos, é así lo harán todos aquellos que estábamos presos á pedir merced á la Reina que agradezca á don Guilan aquello que por nosotras hizo, é los caballeros al Rey.—Pues adios que deis, dijo Gandalin; que yo, tomando vuestro conhor-

te é consejo, vó á buscar aquel en quien mi vida é muerte está, como el mas cativo y desventurado hombre que nunca nasció.»

CAPITULO VI.

De cómo Durin tornó á su señora con la respuesta del mensaje que habia traído para Amadís, y del llanto que ella hizo viendo la nueva.

Despues que Durin se partió de Amadís en la floresta donde el Patín llagado quedaba, como lo hemos contado, entró en el camino de Lóndres, donde el rey Lisuarte era; é aquejóse de andar porque Oriana sopiese aquellas desaventuradas nuevas de Amadís, porque, si ser pudiese, remediase algo en aquello que su carta tanto mal habia hecho; é tanto andovo, que á los diez días llegó á Lóndres, y descabalgando en su posada, se fué al palacio de la Reina, é cuando Oriana lo vió el corazon le saltaba, que no lo podía aseogar; é luego se fué á su cámara, é acostóse en su lecho, y mandó á la doncella de Denamarca que le llamase á Durin, su hermano, y ella guardase que no la viese alguno. La doncella le llamó, é salióse donde Mabilia estaba. Oriana le dijo: «Amigo, agora me di adónde has andado é dó fallaste á Amadís, y lo que hizo cuando le diste mi carta, é si viste á la reina Briolanja; cuéntamelo todo, que no falte nada.—Señora, dijo Durin, todo lo diré, aunque no es poco de contar; que muchas cosas maravillosas y extrañas he visto; é dígovos que yo llegué á Sobradisa, é vi á Briolanja, que es tan hermosa é tan apuesta y de tal donaire, que, dejando á vos, creo que en el mundo no hay tan hermosa mujer como ella, é allí hallé nuevas de Amadís é de sus hermanos, que eran para acá partidos, é siguiendo yo su rastro, supe cómo desviaron del camino é fueron con una doncella á la insola Firme por probarse en las extrañas aventuras que allí son; é cuando yo allí llegué entraba Amadís so el arco de los leales amadores, donde ninguno no puede entrar si ha errado á la mujer que primero comenzó á amar.—¿Cómo! dijo Oriana, ¿osado fué él de probar tal aventura, sabiendo que la acabar no podía?—No me pareció así, dijo Durin, que pasó desa manera; antes él la acabó con la mayor lealtad que otro que allí fuese, porque por él se hizo en su rescibimiento las señales que fasta allí nunca se ficieran.» Cuando ella esto oyó, en su corazon sintió grande alegría en saber que aquello que por sano é por tan cierto tenían tanto al contrario era del su pensamiento. E asimesmo le contó cómo don Galaor é Florestan é Agrájes, probando la aventura de la cámara defendida, no la podieron acabar, y quedaron tan tollidos como si muertos fueran; é cómo despues la probó Amadís é la acabó, ganando el señorío de aquella insola, que era la mas hermosa del mundo é mas fuerte, é cómo habian entrado todos en la cámara, que era la mas extraña é rica que fallar se podría. Oído esto por Oriana, dijo: «Cállate un poco.» E alzando las manos al cielo, comenzó á rogar á Dios que él, por la su piedad, enderezase cómo ella presto pudiese estar en aquella cámara con aquel que por su gran bondad la ganara. Entonces le dijo: «Agora me di qué hizo Amadís cuando mi carta le diste.» A Durin le vinieron las lá-

grimas á los ojos é díjole: «Señora, yo vos aconsejaría que no lo quisiédesed saber; porque habeis hecho la mayor crueza é diablura que nunca doncella en el mundo hizo.—¿Ay santa María! val, dijo Oriana, ¿qué me dices?—Dígovos, dijo Durin, que matastes á la mayor sinrazon que ser podría con vuestra saña el mejor y mas leal caballero que nunca hobo mujer, ni habrá en tanto que el mundo durare. Maldita fué la hora en que tal cosa fué pensada, é maldita sea la muerte, que ante no me mató, porque nunca con tal mensaje fuera; que si yo sopiera lo que llevaba, antes me fuera á perder por el mundo que ante él parecer, pues que vos en lo mandar, é yo en lo llevar, fuimos causa de muerte.» Entonces le contó lo que Amadís hizo é dijo cuando la carta le diera, y cómo se salió de la insola Firme, é lo que dijo en la ermita; é cómo de allí se partió dellos solo, y se metió por la montaña, y que siguiéndole él é Gandalin, contra su defendimiento, lo fallaron cabe la fuente, no osando parescer ante él, y el dolorido llanto que allí hizo; é cómo pasó por allí el Patín cantando, é las palabras que dijo, é la batalla que Amadís con él hobo; é despues se partió dél, diciendo á Gandalin que no le estorbare la muerte; si no, que no fuese con él; así que, no quedó cosa que no le dijese cómo pasara y él lo viera.

Quando Oriana esto oyó, en mayor grado que de la ira y la saña vencida, quebrada la braveza del su corazon, de la piedad sojuzgada fué, causándole aquel gran señorío que la verdad sobre la mentira tiene. Así que, junto en su pensamiento la culpa suya, con la cual aquel que sin ella estaba padecia, tal fuerza tuvieron, que casi muerta sin ningun sentido la dejaron, sin sola una palabra poder decir. Durin, como así la vió, piedad hobo della; pero bien vió que lo merecia, é fuese á Mabilia é á la doncella de Denamarca, é díjoles: «Acorred á Oriana, que bien le face menester; que paréceme, si erró, su parte le cabe.» E fuése á su posada, y ellas se fueron á Oriana, é viéndola tan desahogada, cerraron la puerta de la cámara, y echándole agua por el rostro, la hicieron acordar; é como habló, dijo: «¡Ay cativa sin ventura! que maté la cosa del mundo que mas amaba. ¡Ay mi señor! yo vos maté á gran tuerto, é con gran razon moriré yo por vos, aunque vuestra muerte será mal vengada con la mía; que vos, mi señor, siendo leal, no seréis satisfecho en que la desleal é malaventurada muera.» Esto decia ella con tanto dolor é angustia como si el corazon se le despedazase; mas aquellas sus servidoras é amigas, enviando por Durin, é sabiendo todo lo que pasara enteramente, acorrieron aquella melecina que ellos ambos habian menester para su remedio, que despues de le haber dado muchos consuelos, le ficieron escribir una carta con palabras muy humildes é ruegos muy afincados, como adelante mas por extenso se dirá, para Amadís, que, dejadas todas las cosas, se viniese á ella, que en el su castillo de Miraflores, donde su gran yerro seria emendado, le atendia; la cual se encomendó á la doncella de Denamarca, que con mucho placer todo el afan que venir le pudiese tomara por dar reparo á las dos personas que ella mas amaba, porque sin sospecha de ninguna cosa viaje mejor faser pudiese.

Habiendo Durin dicho que Amadís en su llanto mentara mucho á su amo don Gandáles, creyendo que antes allí que en otra parte estaria, acordaron que la doncella llevase donas á la reina de Escocia, y le dijese nuevas de Mabilia, su hija, y de la Reina á ella las trajese. Oriana habló con la Reina, su madre, haciéndole saber cómo enviaban á aquella doncella con aquel mandado; ella lo tuvo por bien; asimesmo envió con ella sus donas. Esto así concertado, tomando consigo á Durin, su hermano, é á un sobrino de Gandáles, que Enil se llamaba, que nuevamente allí para buscar su señor era venido, caminando fasta un puerto que llamaban Vegil, que es de la Gran Bretaña, hácia Escocia, entraron en una barca, y en cabo de siete días que navegaron fué arribada en Escocia en una villa que se llamaba Poligez, y desde allí se fué derecho al castillo de Gandáles, é fallólo que andaba á caza con sus escuderos, é fuése para él, y él vino contra ella, é saluáronse, é don Gandáles vió en su lenguaje que era extranjera, y preguntóle de dónde era, y ella le dijo: «Soy mensajera de unas doncellas que vos mucho aman, que envian conmigo donas á la reina de Escocia.—Buena doncella, dijo él, decidme, si os pluguiere, quién son.—Oriana, la hija del rey Lisuarte, é Mabilia, que vos conoceis.—Señora, dijo él, vos seais muy bien venida, é vamos á mi casa é folgaréis, y desde allí vos llevaré á la Reina.» Ella lo tovo por bien, é fuéronse de consuno; é hablando de algunas cosas, preguntóle Gandáles por Amadís, su criado, de que ella fué muy triste, considerando que allí no estaba; é por no le hacer pesar no le dijo cómo era perdido, mas que despues que de la corte partió por vengar á Briolanja, no tornara á ella; «antes pensaban allá, cuando yo partí, que era venido á esta tierra con Agrájes, su primo, por ver á vos, que lo criastes, é á la Reina, su tia; yo le traía cartas de la reina Brisena y de otras sus amigas, con que habria placer.» Esto decia ella porque si encubierto estoviese, sabiendo lo que ella decia, ternia por bien de la ver é hablar. Mas Gandáles no sabia nada dél. Allí holgó la doncella dos días, é fué muy honrada y servida de todos, é de la mujer de Gandáles, que muy noble dueña era; é luego se fué donde la Reina estaba, é dióle las cartas é las donas que le enviaban.

CAPITULO VII.

De cómo Guilan el cuidador tomó el escudo é las armas de Amadís, que falló á la fuente de la Vega sin guarda ninguna, é las trajo á la corte del rey Lisuarte.

Despues que don Guilan el cuidador se partió de la fuente donde falló las armas de Amadís, como se os ha contado, anduvo siete días por el camino contra la corte del rey Lisuarte, é siempre llevaba el escudo de Amadís á su cuello, que nunca lo quitó, salvo en dos logares que le fué forzado de se combatir, que lo daba á sus escuderos é tomaba el suyo; y el uno fué que se encontró con dos caballeros sobrinos de Arcaulus, é conocieron el escudo, é quisiéronselo tomar, diciendo que lo llevarian á su tio, ó la cabeza de aquel que lo traía; mas don Guilan, sabiendo que del linaje de tan mal hombre eran, dijo: «Agora os tengo en menos.» E

luego se acometieron bravamente, que los dos caballeros eran mancebos y recios; mas don Guilan, aunque de mas dias fuese, era mas valiente é usado en armas; é como quiera que la batalla alguna pieza duró, al cabo mató uno dellos, y el otro fuyó contra la montaña; é don Guilan quedó ferido, pero no mucho, é fuése su camino como ante, y esa noche albergó en casa de un caballero que conocia, é fizole mucha honra, é á la mañana dióle una lanza, que la suya fué quebrada en la justa pasada que habia habido, é anduvo tanto por su camino, que llegó á un río que se llamaba Guínon, y el agua era grande, é habia en él una puente de madera tan ancha como podiese venir un caballero é ir otro, é al cabo della vió estar un caballero que la puente queria pasar, que tenia un escudo verde é una banda blanca en él, é conociólo que era Ladasin, su primo, é á la otra parte estaba un caballero que defendia el pasaje, é á grandes voces decia: «Caballero, no entreis en la puente si no quereis justar. — Por vuestra justa, dijo Ladasin, no dejaré yo de pasar.» Entonces embrazando el escudo, se metió por la puente, y el otro caballero, que la puente guardaba, estaba en un caballo bayo grande, é á su cuello tenia un escudo blanco, é un león pardo en él, y el yelmo otrosí, y el caballero era grande de cuerpo é cabalgaba muy apuesto, é como vió á Ladasin en la puente, dejóse ir á él al mas correr de su caballo, é justaron ambos en la entrada de la puente; é así, avino que Ladasin é su caballo cayeron de la puente en el agua, y él echó mano de unas ramas de sauces que alcanzó, é con grande afán salió á la orilla, que cayera de alto, é mas el peso de las armas; y el que lo derribó tornóse por la puente su paso, é púsose donde ante estaba, é don Guilan llegó á su primo, y él é sus escuderos sacáronlo del agua, é quitáronle el escudo é yelmo, é dijole: «Ciertamente, primo, á pocas fuéades muerto si vuestro gran corazon no lo estorbara en vos asir á estas ramas, é todos los caballeros debrian dudar las justas de las puentes, porque los que las guardan tienen ya sus caballos amaestrados, é ganan honra mas por ellos que por sus valentías, é por mi grado antes rodearia agora por otro cabo; mas, pues á vos así vos aconteció, conviene que os vengue, si podiere.» Y en tanto pasó el caballo de Ladasin del otra parte, y el caballero mandólo tomar á sus hombres, y metiéronlo en una torre que estaba en medio del río, que era hermosa fortaleza, é pasaban á ella por una puente de piedra.

Don Guilan quitó el escudo de Amadis y diólo á sus escuderos, é tomó el suyo é su lanza, é fuése á la puente; mas el otro caballero que la guardaba vino luego contra él; é corrieron el uno contra el otro al mas ir de sus caballos, y el encuentro fué tan grande, que el caballero fué movido de la silla é cayó en el río, é Guilan cayó en la puente, é por poco cayera en el agua, si no se toviera á los maderos, y el caballero que en el agua cayó asíóse al caballo de Guilan, que cabe si lo falló, é sacólo fuera; é los escuderos de Guilan tomaron el caballo del otro, é Guilan miró é vió estar al caballero al pié de la puente, é tenia su caballo por las riendas, y estabase sacudiendo del agua, é dijole: «Mandadme dar mi caballo, é irnos hemos. — ¡Cómo!

dijo el caballero, ¿con tanto vos pensais de ir de aquí? — Con tanto, dijo Guilan, que ya fecimos en el pasaje lo que debiamos. — Eso no puede ser, dijo él; que pues ambos caimos, la batalla no es partida fasta que á las espadas vengamos. — ¡Cómo! dijo don Guilan, ¿por fuerza quereis que me combata con vos? ¿no basta el enojo que nos habeis hecho? que las puentes á todos son comunes para por ellas pasar. — No me curo yo deso, dijo él; que todavía conviene que sintais cómo corta mi espada, ó por fuerza ó de grado.» E entonces saltó en el caballo sin poner pié en el estribo, tan ligero, que fué maravilla de lo ver, y enderezó su yelmo muy prestamente, é fuése poner en el camino por donde Guilan habia de pasar, é dijole: «Don caballero, decidme ante que nos combatamos si sois natural de la tierra del rey Lisuarte ó de su corte. — ¿Por qué lo preguntais? dijo Guilan. — Agora pluguiese á Dios que yo tuviese al rey Lisuarte como tengo á vos, dijo el caballero; que yo juro por la mi cabeza que nunca él mas reinase.» Don Guilan, desto muy sañudo, dijo: «Cierito, si mi señor el rey Lisuarte aquí estoviese como yo, presto castigaría esa vuestra locura; que de mí vos digo que soy su natural é morador en su casa, é por lo que dejistes tengo gana de me combatir con vos, lo que ante no tenia; é si yo puedo, faré que de vos no reciba enojo ni deservicio ese rey que decis.» El caballero se rió, como en desden, é dijo: «Yo te prometo que antes de mediodía serás puesto en tal estrecho, que muy escarnido le llevarás mi mandado; é quiero que sepas quién yo soy é qué donas de mi parte le darás.» Don Guilan, que con la gran saña le queria acometer, sufrióse por saber quién era. «Agora, dijo él, sábete que he nombre Gandalod, é soy fijo de Barsinan, señor de Sansueña, aquel que el rey Lisuarte mató en Londres, é las donas que tú le llevarás son las cabezas de cuatro caballeros de su casa que yo allí tengo presos en mi torre, y el uno dellos es Giontes, su sobrino, é la tu mano derecha cortada al tu cuello.» Don Guilan metió mano á su espada é dijo: «Asaz hay en tí de amenazas, si con ellas me espantase.» E fué para él, y el otro asimismo, é acometiéronse con gran saña, comenzando su batalla tan brava é de tanta cruexa, que maravilla era de los ver, por todas partes de tan duros é tan esquivos golpes, sin que folganza alguna en sí tomasen, que Ladasin é los escuderos que miraban eran espantados, é creian que ninguno dellos podría quedar tal, aunque vencedor fuese, que podiese escapar de la muerte; mas lo que les guarecia era, que como ambos fuesen muy usados en las armas, guardábanse mucho de los golpes; é aunque las armas se cortaban, las carnes no padecian; é cuando ellos así andaban, no pensando sino en se matar, oyeron sonar un cuerno encima de la torre, de que Gandalod fué maravillado, é acuitóse de dar fin á su batalla por saber lo que seria; é juntado con don Guilan, echó los brazos en él, é asíóronse tan reciamente, que movidos de las sillas, cayeron de los caballos en tierra, é andovieron abrazados un rato, revolviéndose en el campo; mas cada uno apretó bien su espada en la mano, é don Guilan se desenvolvió dél, é levantóse primero, é dióle dos golpes, mas el otro levantado, comenzaron su ba-

talla muy mas fuerte é peligrosa que de ante, porque estando á pié, llegábase el uno al otro muy mejor que de caballo, é cuitábanse mucho por le dar fin; é don Guilan cuidó que el cuerno se tañia para socorrer á Gandalod, é Gandalod creia que alguna traicion era en la fortaleza; así que, cada uno sin holgar ni descansar probaba toda su fuerza contra el otro; mas despues que á pié fueron, don Guilan comenzó á mejorar mucho, de que Ladasin hobo muy gran placer, é sus escuderos, que lo miraban; porque ya Gandalod no se podia cubrir bien deso que del escudo tenia, ni ferir con la espada golpe que dañar podiese, tanto andaba cansado; é don Guilan, que así lo vió, andovo aguardando, é dióle en descubierto un golpe en el brazo, que gelo cortó con la mano; así que, le cayó en tierra, é la su espada, que tenia con él. E Gandalod dió una gran voz é quiso fuir contra la torre; mas Guilan lo alcanzó é tiróle tan recio por el yelmo, que gelo sacó de la cabeza, é dió con él á sus piés é púsole la espada en el rostro, diciendo: «Conviene que vayais al rey Lisuarte con aquellas donas que á mí señalastes, mas serán de otra guisa que vos lo teníades pensado; é si esto no haceis, vuestra cabeza será partida del cuerpo. Yo lo faré, dijo Gandalod; que mas quiero atender la misericordia del Rey que morir agora en tal sazón.» Entonces tomó dél fianza, é fuése contra la torre, que oyó una gran vuelta, é cabalgó en el caballo, é Ladasin con él, é hallaron que los caballeros presos se habian suelto, é salidos del aljibe, se habian armado encima de la torre de armas que allí fallaron, y ellos tocaron el cuerno; é quedando el uno dellos, los otros decendieran ayuso, é mataban cuantos podian alcanzar.

Pues llegados don Guilan é Ladasin, vieron sus compañeros en somo de la puerta, é un caballero con siete peones que salia de la torre fuyendo é se acogian á un bosque, é los de arriba les dijeron que los matasen, especial al caballero; ellos fueron luego, y en poca pieza, mataron los cuatro, é los tres se les fueron, mas el caballero fué preso é traído á sus compañeros; don Guilan los habló é dijo: «Señores, yo no me puedo aquí detener, que me voy á la Reina; mas quede con vos mi primo Ladasin, é llevad estos caballeros al rey Lisuarte, que haga dellos lo que por bien toviere, haced de manera que esta fortaleza quede á mi mando. — Así lo harémos,» dijeron ellos. Entonces don Guilan quitó su escudo, que poco valia, segun era cortado por muchos lugares, é tomó el de Amadis, llorando de sus ojos. Aquellos caballeros, que el escudo conocieron, é á él vieron llorar, fueron maravillados, é preguntáronle cómo lo llevaba. El les contó de la forma que á la fuente de la Vega lo halló con las otras armas todas, é cómo habia buscado á Amadis por toda aquella comarca, é nunca dél pudiera saber nuevas. Ellos hobieron muy gran pesar, creyendo que algun grande mal le habia venido.

Con esto se partió dellos, é sin entorevalo que le viese llegó donde el Rey era, que ya sabia cómo Amadis acabara las aventuras todas de la insola Firme, é habia ganado el señorío della, é cómo se partiera ascondidamente con gran cuita; mas la causa dello no la sabia

ninguno, sino aquellos ó aquellas que se vos ha dicho. Cuando don Guilan llegó todos se llegaron por ver el escudo de Amadis, é saber algo dél, y el Rey le dijo: «Por Dios, don Guilan, decidnos lo que de Amadis sabeis. — Señor, dijo él, no sé ninguna cosa, que nunca oí dél; mas cómo me aconteció con el escudo vos contaré delante de la Reina, si vos pluguiere.» Entonces lo llevó el Rey consigo, é llegando á la Reina, fincó los hinojos ante ella, é llorando le dijo: «Señora, yo hallé en una que llaman la fuente de la Vega todas las armas de Amadis, adonde este su escudo estaba desamparado, de que hobe gran pesar; é poniéndole en un árbol, dejándolo á guardar á unas doncellas que en mi compañía traia, anduve por todas aquellas comarcas buscando á Amadis, é no fué mi ventura de lo hallar, ni nuevas dél; é yo, conociendo el valor de aquel caballero, é que su deseo era de lo poner en vuestro servicio fasta la muerte, acordé, pues á él no podia traer, que sus armas vos diesen testimonio de lo que á vos é á él obligado yo era; mandaldas poner en parte donde todos las vean, así para que algunos que de muchas partes á esta vuestra corte vienen podrán algo de su dueño saber, como para ser recordadoras á los que buenos ser quisieren, que sigan aquel alto prez que su señor con ellas en su tiempo extremadamente entre tantos caballeros ganó. — Mucho me pesa, dijo la Reina, de la pérdida de tal hombre, que tanta mengua en el mundo fará; é á vos, don Guilan, agradezco yo mucho lo que fecistes, é así lo haré á todos aquellos que armas traen, si trabajaren de buscar aquel por quien la órden de la caballería é las dueñas é doncellas tan preciadas é defendidas eran.»

Mucho pesó destas nuevas al Rey é á todos los de la corte, creyendo que Amadis muerto fuese; mas sobre todos fué Oriana, que no pudiendo estar allí con su madre, se acogió á su cámara, donde con muchas lágrimas maldijo su ventura, por haber sido causa de tanto mal, donde ella, si la muerte no, otra cosa no atendia; mas todos los consuelos de Mabilia é la esperanza de la venida de su doncella, que le traeria buenas nuevas, le daban algun consuelo; y en cabo de cinco dias llegaron allí á la corte los caballeros é las doncellas que don Guilan sacara de la prision, que venian al Rey é á la Reina á les pedir merced que le gradaciesen lo que por ellos habia hecho; é allí venian las doncellas, que dijeron el duelo que vieron hacer á Gandalin, no porque su nombre sopiesen, mas diciendo que era un escudero que preguntaba por el señor del escudo é de las armas. Luego llegaron allí los caballeros que traian preso á Gandalod, é contaron al Rey la batalla que don Guilan con él hobo é por cuál razon, é todas las palabras que entre ellos hobo, é cómo los tenia á ellos presos, é por qué guisa se soltaron. El Rey le dijo: «En este lugar maté á tu padre por la gran traicion que me fizo, é aqui morirás tú por la que me querias hacer.» Entonces los mandó á entrambos despeñar de una torre, al pié de la cual fué quemado Barsinan, su padre, como la primera parte lo cuenta.

CAPÍTULO VIII.

Que recuenta en qué manera, estando Beltenebros en la Peña Pobre, arribó ahí una nao en que venía Corisanda en busca de su amante Florestan, é de las cosas que pasaron, é de lo que contó en la corte del rey Lisuarte.

Beltenebros estando en la Peña Pobre, como vos ya contamos, el ermitaño le hizo sentar un día cabe sí en un poyo que á la puerta de la ermita estaba, é dijo: «Fijo, ruégovos que me digais qué es lo que vos hizo dar tan grandes voces entre sueños, cuando en la fuente de la Vega estábamos. — Eso vos diré, buen señor, yo de grado, é ruégovos por Dios que me digais lo que dello se vos entendiere, que sea de mi placer ó de mi pesar.» Entonces le contó el sueño como ya oistes, si no tanto que el nombre de las doncellas no le dijo. El hombre bueno, que lo oyó, estuvo una pieza mucho pensando, é tornóse contra él riendo y de buen talante, é dijo: «Beltenebros, buen hijo, mucho me habeis alegrado, é distesme gran placer con esto que me decís; é así lo sed vos, que con gran razon lo debeis ser, é quiero que sepais cómo lo yo entiendo. Sabed que la cámara oscura en que vos veíades, é no podíades della salir, significa esta cuita en que agora estáis, é todas las doncellas que la puerta abrían, estas son algunas vuestras amigas, que hablan con aquella que mas amais en vuestra hacienda; y en tal guisa harán, que vos sacarán de aquí é desta cuita en que agora sois; y el rayo del sol que iba ante ella, es mandado que vos enviarán de nuevas de alegría, con que vos iréis de aquí; y el fuego en que viades á vuestra amiga, es significanza de gran cuita de amor en que será por vos, así como vos por ella sois; é de aquel fuego que significa amor la sacaréis vos, que será de la su cuita cuando vos viere; é la hermosa huerta donde la llevábades, esto muestra gran placer en que con vuestra vista será puesta. Bien conozeo qué, segun mi hábito, no debria hablar en semejante cosa; pero entiendo que es mas servicio de Dios decirvos la verdad, con que seáis consolado, que callándola, vuestra vida en condicion esté con muerte desesperada.» Beltenebros hincó los hinojos ante él, é besábale las manos, gradeciéndole á Dios que en tan gran cuita é dolor le diera persona que así aconsejar lo sopiese, é rogándole con lágrimas que por la su piedad ficiese verdaderas las palabras de aquel santo hombre su siervo.

Entonces le rogó que le dijese qué significaba el sueño que la noche antes que Durin le diera la carta soñara, estando en la insola Firme. El hombre bueno le dijo: «Eso muy claro se os muestra, que ya por todo ello pasastes. Digovos que aquel otero alto, cubierto de árboles, en que vos veíades, é la mucha gente que haciendo alegría al derredor de vos estaba, esto muestra aquella insola Firme que entonces ganastes, en que metistes en muy gran placer á todos los moradores della; y el hombre que á vos venía con la bujeta del letuario amargo es el mensajero de vuestra amiga que vos dió la carta; que el grande amargor de sus palabras, vos mejor que ninguno, que lo probastes, lo sabeis; é la tristeza en que veíades á las gentes que alegres estaban, son los mismos de la insola, que por causa vuestra son en gran cuita é soledad; é los paños que vos desnudá-

bades son las armas que vos dejastes, é aquel lugar pedregoso donde vos escondíades en medio del agua, esta peña en que estáis lo muestra; y el hombre de orden que vos hablaba en lenguaje que no entendíades, yo soy, que vos dije las palabras santas de Dios, las cuales antes no sabíades ni en ellas pensábades. — Ciertamente, dijo Beltenebros, muy gran verdad me decís en este sueño; que todo así me acaesció, en lo cual mucha esperanza tomé en lo porvenir.» Mas no fué tan cierta ni tan grande, que le quitase aquellas angustias en que la desesperanza que de su señora tenía le habian puesto; é miraba mucho á menudo contra la tierra, acordándose los vicios é grandes honras que en ella hobiera; é veyéndolo todo con tanta cruza al contrario tornado, muchas veces llegaba á tal estrecho, que si no por los consejos de aquel hombre bueno su vida fuera en gran peligro; el cual por le apartar algo de sus muy grandes pensamientos é congojas, faciale muchas veces, en compañía de dos mozelos sus sobrinos de aquel hombre bueno que consigo tenía, ir á pescar á una ribera que hí cerca estaba con varas, donde tomaban pescado asaz.

Así como ois estaba Beltenebros haciendo su penitencia con mucho dolor é grandes pensamientos que de continuo tenía, creyendo que si Dios por su piedad no le acorriese con la merced de su señora, que la muerte tenía muy cerca mas que la vida; é todas las mas noches albergaba debajo de unos muy espesos árboles, que en una huerta eran allí cerca de la ermita, por hacer su duelo é llorar sin que el ermitaño ni los mozos lo sintiesen. E acordándosele la lealtad que siempre con su señora Oriana toviera, é las grandes cosas que por la servir había fecho, sin causa ni merecimiento suyo haberle dado tan mal galardón, hizo esta canción, con gran saña que tenía, la cual decia así:

Pues se me niega vitoria
Do justo me era debida,
Allí do muere la gloria
Es gloria morir la vida.
Y con esta muerte mia
Morirán todos mis daños,
Mi esperanza é mi porfia,
El amor é sus engaños;
Mas quedará en mi memoria
Lástima nunca perdida;
Que por me matar la gloria,
Me mataron gloria é vida.

Pues habiendo hecho esta canción que ois, le avino que estando una noche debajo de aquellos árboles, como solia, haciendo gran duelo, llorando muy fieramente, pasada ya gran parte de la noche, oyó tañer unos instrumentos allí cerca muy dulcemente; así que, él había gran sabor de lo oír; é maravillóse dello, que bien pensaba él que en aquel lugar no había mas compañía que el ermitaño y él é los mozos; é levantándose de donde estaba, fué encubierto por saber qué sería, é vió dos doncellas cabe la fuente, que los instrumentos tenían en sus manos, é oyólas tañer é cantar muy sabrosamente; é á cabo de una pieza que las estuvo escuchando, dijoles: «Buenas doncellas, á Dios que deis, que con vuestro muy dulce tañer me fecistes perder los maitines.» Y ellas se maravillaron qué hombre

sería, é dijéronle: «Amigo, decidnos por cortesía qué lugar es este donde arribado habemos, é qué hombre sois vos, que nos habláis. — Señor, dijo él, á este lugar llaman la Peña del Ermitaño; por una ermita é un ermitaño que aquí hay; é yo soy un hombre muy pobre que con él moro é vivo, haciendo grande é muy áspera penitencia de mis grandes males é pecados.» Entonces dijeron ellas: «Amigo, ¿podríamos haber aquí alguna casa en que albergase una dueña muy doliente que aquí traemos, que es de alta guisa é muy rica, que anda muy mal trecha de amor, para en que dos ó tres días holgase?» Cuando Beltenebros esto oyó dijo: «Aquí hay una casa muy pequeña en que yo albergo, é si el ermitaño vos la da, yo dormiré en el campo, como muchas noches me acaece, por vos hacer placer.» Las doncellas le dieron muchas gracias por lo que había dicho, é gelo tovieron en gran merced.

Ellos en esto estando, venia ya el alba, é vió Beltenebros debajo de otros árboles, en una hermosa é muy rica cama, la dueña que le dijieran, é cuatro caballeros armados en la ribera de la mar, que aguardándole estaban é dormían, é cinco hombres que yacían cabe ellos, los cuales armas no tenían; é vió una nao en la mar é muy apuesta de lo que menester había, y estaba sobre una áncora; é la dueña le pareció asaz moza é muy hermosa, que él tuvo placer de la mirar. Entonces se fué al ermitaño, que se vestía para decir misa, é dijole: «Padre, gente extraña habemos; bien será que con la misa los atendades. — Así lo haré,» dijo el hombre bueno. Entonces se fueron entrambos saliendo de la ermita, é Beltenebros le mostró la nao; é vieron cómo los caballeros é los otros hombres sobían la dueña doliente donde ellos estaban, é las sus doncellas con ella, é dijeron al ermitaño si habría allí alguna casa donde la pusiesen; él dijo: «Allí hay dos casas, en la una moro yo, é por mi voluntad nunca en ella mujer entrará; en la otra alberga este hombre bueno pobre, que aquí su penitencia hace, é no gela quitaría yo sin su grado.» Beltenebros dijo: «Padre, bien gela podeis dar; que yo albergaré so los árboles, como muchas veces lo acostumbro.» Con esto entraron todos en la capilla á oír misa, é Beltenebros, que miraba las doncellas é los caballeros, é se le acordó de sí é de su señora é de la vida pasada, comenzó á llorar muy reciamente; é fíncando los hinojos delante del altar, rogaba á la Virgen María que le socorriese en aquella gran cuita en que estaba; é las doncellas é caballeros, que así lo veían llorar tan de corazón, pensaban que era hombre de buena vida, é maravillándose de su edad é hermosura como en tal parte la quería emplear por ningún pecado que grave fuese, segun en todas partes la misericordia de Dios alcanza, habiendo los hombres verdadero arrepentimiento. Desque la misa fué dicha, llevaron la dueña á la cámara, y echaronla en un lecho asaz rico que le hicieran, y ella lloraba é apretaba las manos una con otra con gran cuita que le aquejaba.

Beltenebros, que así la vió, preguntó á las doncellas, que ya tomaban sus instrumentos para le hacer solaz, qué había ó por qué mostraba tan gran congoja; ellas le dijeron: «Amigo, esta dueña es muy rica é de gran guisa y hermosa, aunque su mal agora gelo menosca-

ba, é la su cuita, aunque á otros no se dijese, decir se ha á vos, que lo guardaréis. Sabed que es de muy gran amor que la atormenta é va á buscar aquel á quien ama á casa del rey Lisuarte, é quiera Dios que allí lo falle, porque algo de su pasión amansada sea.» Cuando él oyó decir de casa del rey Lisuarte, é que la dueña moría de amor, así como á ellas, lágrimas le vinieron á los ojos, é dijoles: «Ruégovos, señoras, que me digais el que ama cómo ha nombre. — Este caballero, dijeron ellas, que vos decimos no es desta tierra, y es uno de los mejores caballeros del mundo, salvando dos solos, que mucho preciados son. — Agora os ruego, dijo él, por la fe que á Dios debeis, que me digais su nombre, é desos dos que decís. — Deciroslo hemos por pleito que nos digais si sois caballero, que en todo lo pareceis, é cómo habeis nombre. — Facerlo he, dijo él, por saber lo que vos pregunto. — En el nombre de Dios, dijeron ellas. Agora sabed que el caballero que la dueña ama ha nombre don Florestan, hermano del buen caballero Amadís de Gaula é de don Galaor, y es hijo del rey Perion de Gaula é de la condesa de Selandia. — A Dios gracias, agora sé que me decís verdad de su hacienda é de su bondad, é creo que no diréis tanto de bien dél que mas no haya. — ¿Cómo! dijeron ellas, ¿conoceislo vos? — Ya lo vi no há mucho tiempo, dijo él, en casa de Briolanja, é vi la batalla que Amadís hobo é su primo Agrájes con Abiseos é sus hijos, é vi el fin que hobieron fasta que llegó Florestan, é parecióme muy mesurado; é de su gran bondad de armas oí hablar mucho á don Galaor, su hermano, que con él se combatiera, segun decia. — Por esa batalla dellos, dijeron las doncellas, se partió de allí Florestan; que en ella se conocieron por hermanos. — ¿Cómo! dijo él, ¿esta es la dueña señora de la insola donde la batalla de ambos fué? — Esta es, dijeron ellas. — Entiendo, dijo él, que ha nombre Corisanda. — Verdad decís, dijeron ellas. — Agora no he tanto duelo de su mal, dijo él; que bien sé que él es tan mesurado é de tan buen talante, que siempre hará lo que ella mandare. — Pues agora nos decid, dijeron las doncellas, quién sois. — Buenas señoras, dijo, yo soy caballero é me fué mejor que agora me va en las cosas vanas deste mundo, lo cual agora estoy pagando, é mi nombre es Beltenebros. — A Dios merced, dijeron ellas; agora quedad con Dios, é nos irémos á consolar á nuestra señora con estos instrumentos.» E así lo hicieron; que entrando donde ella estaba, é habiendo tañido é cantado una pieza, dijéronle todo lo que á Beltenebros oyeran de don Florestan. «Ay! dijo ella, llamádmelo luego; que algun buen hombre debe ser, pues que á don Florestan vió é lo conosció.» E la una de las doncellas lo trajo consigo, é la dueña le dijo: «Estas doncellas me dicen que vistes á don Florestan é lo amais; ruégovos, por la fe que á Dios debeis, que me digais lo que dél sabeis.» El le contó todo lo que á las doncellas dijera, é que sabia que él é sus hermanos é su primo Agrájes se fueran á la insola Firme, y que despues no lo viera mas. «Agora me decid, dijo Corisanda, si vos ploguiere, si le habeis algun deudo; que á mí me parece que lo amais. — Señora, dijo él, yo le amo mucho por su valor, é porque su padre me hizo caballero, por donde á él é á sus hijos

soy mucho obligado, é soy muy triste por unas nuevas que de Amadís oí antes que aquí viniese. — E ¿qué es eso? dijo ella. — Cuando yo me venia á este lugar vi una doncella, dijo él, en una floresta cabe el camino que yo andaba, é decia una cantica muy sabrosa de oír, y preguntéle quién la habia hecho. — Hízola, dijo ella, un caballero á quien Dios dé mas alegría que al tiempo que la hizo tovo, que, segun las palabras della, grande agravio del amor recibió, é mucho dél en ella se queja. Yo moré con la doncella dos dias hasta que la aprendí, é decíame que Amadís gela mostraba llorando é haciendo gran duelo. — Mucho os ruego, dijo la dueña, que esa cantica que decís la amostreis á mis doncellas, porque en los instrumentos la canten é tañan. — Plácame, dijo él, de lo facer por vuestro amor, é por aquel que vos mas amais, aunque agora no esté en tiempo de cantar ni de hacer cosa que de alegría ni placer sea. — Entonces se fué con las doncellas á la capilla é mostróles la cantica, que él tenia muy extraña voz, é la gran tristeza suya gela facia mas dulce é acordada. Las doncellas la aprendieron muy bien, é la cantaban á su señora, que gran placer habia de la oír.

Pues allí estovo Corisanda cuatro dias, é al quinto se despidió del ermitaño é de Beltenebros, é dijole si estaría allí mucho tiempo. «Señora, dijo él, fasta que muera.» Entonces entráronse en su nao, é fuéronse su viaje á Lóndres, donde el rey Lisuarte era; que allí esperaba saber nuevas, antes que en otra parte, de don Florestan. Mucho fué bien recibida del Rey é de la Reina é de todos, sabiendo que era dueña de alta guesá, é hiciéronla aposentar en su palacio. La Reina le preguntó la razon de su venida, é que ella sería en la ayudar con el Rey si á él con alguna necesidad era llegada. «Mi señora, dijo Corisanda, yo vos lo tengo en merced, mas mi demanda es buscar á don Florestan, é porque en aquesta su corte venian nuevas de todas partes, querria en ella estar algun tiempo hasta que algo dél supiese.» La Reina le dijo: «Buena amiga, eso podeis facer vos quanto vos pluguiere; pero hasta agora no se sabe dél otra cosa sino que es ido en busca de Amadís, su hermano, que no se sabe por cuál razon se es ido á perder.» E contóle cómo don Guilan le trajera las armas, é que dél no pudiera saber ninguna cosa.

Oido esto por Corisanda, comenzó á llorar fieramente, diciendo: «¡Oh Dios, Señor! ¿qué será de mi amigo é mi señor don Florestan? que segun él ama á aquel hermano, si no le halla tambien será él perdido, que yo nunca jamás lo veré.» La Reina la consoló, é pesóle con las nuevas que le dijera. Oriana, que cabe su madre estaba, oyendo la razon de la dueña cómo amaba á don Florestan, hermano de Amadís, hobo sabor de la honrar; é haciéndole compañía, la llevó á su aposentamiento, donde supo toda su hacienda enteramente. Pues hablando con ella en muchas cosas, Corisanda les contó á ella y á Mabilia cómo estuviera en la Peña Pobre é hallara un caballero haciendo penitencia, que á sus doncellas mostrara una cancion que Amadís habia hecho en tiempo de gran cuita que en sí tenia, é que así debia ello ser, segun las palabras de la cancion. Mabilia le dijo: «Mi buena amiga é señora, mucho por merced vos ruego que la mandeis cantar á vuestras donce-

llas; que muy gran placer habré de la oír, por la haber hecho aquel caballero cuya prima yo soy. — Eso haré yo de grado, dijo ella; que no menos alegría mi corazón siente en la oír por el gran deudo que con mi señor don Florestan tiene.» Entonces vinieron las doncellas é cantáronla con sus instrumentos muy dulcemente, que era muy grande alegría de la oír, segun con la gracia que dicha era; mas dolor á quien la oía. Oriana paró mientes en aquellas palabras, é bien vió, segun ella le habia errado, que con gran razon Amadís se quejaba, é vinole muy gran queja al corazón; de manera que allí no pudiendo estar, se fué á su cámara con vergüenza de las muchas lágrimas que á los ojos le venian. Mabilia dijo á Corisanda: «Amiga, ya védes cómo Oriana es doliente, é por vos facer placer y honra está aquí mas de lo que le convenia; quiero ir á le poner remedio, é ruégovos que me digais qué hombre es ese que en la Peña Pobre está, que la cancion mostró á vuestras doncellas, é si sabe algunas nuevas de Amadís.» Ella le contó cómo lo hallara é cuanto le dijera, é que nunca viera hombre doliente é flaco tan hermoso ni tan apuesto en su pobreza, é que nunca viera hombre tan mancebo que tan entendido fuese.

Mabilia pensó luego que aquel era Amadís, que, con su gran desesperacion, en lugar tan estrecho é apartado se posiera, fuyendo de todos los del mundo; é fuése á Oriana, que estaba en su cámara muy pensativa é llorando de sus ojos muy reciamente, é llegó riendo é de buen talante, é dijole: «Señora, en preguntar hombre algunas veces sabe mas de lo que piensa saber; que, segun lo que he sabido de Corisanda, aquel caballero doliente que se llama Beltenebros y está en la Peña Pobre, por razon debe ser Amadís, que se apartó allí de todos los del mundo, é quiso complir vuestro mandado en no parecer ante vos ni ante otro ninguno; por ende sed alegre é consoláos; que mi corazón me dice ser aquel sin duda ninguna.» Oriana alzó las manos é dijo: «¡Oh Señor del mundo! plégaos que así sea verdad, é vos, mi buena amiga, consejadme lo que faga; que en tal estado soy, que no tengo juicio ni seso ninguno; é por Dios habed de mí duelo, así como de aquella cativa desaventurada, que por su locura é airada saña perdió todos sus bienes é placeres.» Mabilia hobo della duelo; así que, las lágrimas á los ojos le vinieron, é volvió el rostro porque gela no viese, é dijole: «Señora, el consejo es que espere-mos á la vuestra doncella, é si esta no le falla, dejad á mí el cargo; que yo terné manera como dél sepamos; que todavía me esfuerzo que es aquel que Beltenebros se llama.»

CAPITULO IX.

De cómo la doncella de Denamarca fué en busca de Amadís, é acaso de ventura, despues de mucho trabajo, aportó en la Peña Pobre, donde estaba Amadís, que se llamaba Beltenebros.

La doncella de Denamarca estuvo con la reina de Escocia diez dias, é no tanto por su placer, como que de la mar enojada é mal trecha estaba, é mas en no haber hallado nuevas de Amadís en aquella tierra donde con mucha esperanza de las saber viniera, creyendo que la muerte de su señora en el mal recaudo que ella llevaba

estaba; é despidiéndose de la Reina, llevando las donas que para la reina Brisena é Oriana é Mabilia, su hija, le dió, se tornó á la mar para se volver con aquel despacho sin ventura, no sabiendo mas que hacer; mas aquel Señor del mundo, que cuando las personas sin esperanza, sin reparo les parece estar, queriendo mostrar algo de su poder, dando á entender á todos que ninguno, por sabio ni discreto que sea, sin su ayuda ayudado ser no puede, mudó su viaje con gran miedo é tribulacion della é de todos los de la nave, dándoles el fin con aquella alegría é buena ventura que ella buscaba; y esto fué que la mar embravecida, la tormenta sin comparacion les ocurrió; así que, andando por la mar sin gobernalle, sin concierto alguno, perdido de todo punto el tino de los mareantes, no teniendo fucia alguna en sus vidas, en la fin una mañana al punto del alba, al pié de la Peña Pobre, donde Beltenebros era, arribaron; la cual fué luego conocida de los de la nave, que algunos dellos sabian ser allí Andalod, el santo ermitaño que en la ermita suso su vida hacia; lo cual dijeron á la doncella de Denamarca; y ella, como salida de tal peligro, tornada así de muerte á vida, éndó que suso á la Peña la subiesen; porque oyendo misa de aquel hombre bueno, pudiese á la Virgen María dar gracias de aquella merced que su glorioso Fijo les habia hecho.

A esta sazón Beltenebros estaba á la fuente, debajo de los árboles que ya oistes, donde aquella noche albergara; y era ya su salud tan allegada al cabo, que no esperaba vivir quince dias; é del mucho llorar, junto con la su gran flaqueza, tenia el rostro muy descarnado é negro, mucho mas que si de gran dolencia agravado fuera; así que, no habia persona que conocerlo pudiese; é desque hobo mirado una pieza la nave, é vió que la doncella é los dos escuderos sobian suso la Peña, como ya su pensamiento en al no estoviese sino en demandar la muerte, todas las cosas que fasta allí habia tratado con mucho placer, que era ver personas extrañas, así para las conocer como para las remediar en sus fortunas, aquellas é todas las semejantes dél con mucha desesperacion eran aborrecidas; é partiéndose de allí, á la ermita se fué, é dijo al ermitaño: «Gente me parece que de una fusta salen, é se vienen para vos; é púsose de rodillas ante el altar, haciendo su oracion, rogando á Dios que del alma le hoviese merced, que presto sería á darle cuenta. El ermitaño se vistió para decir la misa, é la doncella con Durin y Enil entró por la puerta, é haciendo oracion, luego se quitaron los antifaces que delante el rostro traian.

Beltenebros, habiendo estado una pieza, levantóse é volvió el rostro contra ellos, é mirándolos, conoció luego á la doncella é á Durin, é la alteracion fué tan grande, que no pudiendo estar en los piés, cayó en el suelo como si muerto fuese. Cuando el ermitaño esto vió pensó que ya estaba en el postrimero punto de su vida, é dijo: «¡Oh Señor poderoso! ¿por qué no has querido haber piedad deste que tanto en tu servicio podiera facer?» E las lágrimas le caian en mucha cantidad por las blancas barbas, é dijo: «Buena doncella, faced á esos hombres que me ayuden á llevar este hombre á su cámara, que entiendo que este será el postrimero beneficio que facer se le puede.» Entonces Enil é Durin, con

el ermitaño, lo llevaron á la casa donde albergaba, é lo posieron en una cámara asaz pobre, que por ninguno dellos nunca fué conocido; pues la doncella oyó la misa, é queriéndose ir á comer en tierra, que de la mar muy enojada andaba, acaso preguntó al ermitaño qué hombre era aquel que de tan gran dolencia agravado era. El hombre bueno le dijo: «Es un caballero que aquí face penitencia. — Mucho culpado debe ser, dijo ella, pues en parte tan áspera hacerla quiso. — Así es como vos decís, dijo él, pues que mas por las cosas vanas é perecederas deste mundo que por servicio de Dios lo face. — Quiérole ver, dijo la doncella, pues me decís que es caballero é de las cosas que en la nave trayo le dejaré con que algo pueda ser reparado. — Faceldo, dijo el buen hombre; pero entiendo que su muerte, á que tanto llegado es, vos quitará dese cuidado.» La doncella entró sola en la cámara donde Beltenebros estaba; el cual, pensando qué ficiese, no se sabia determinar; que si se le ficiese conocer, pasaba el mandamiento de su Señora, é si no, si aquella que era todo el reparo de su vida de allí se fuese, no le quedaba esperanza ninguna. En la fin, creyendo que muy mas duro para él sería enojar á su señora que padecer la muerte, acordó de se le no facer conocer en ninguna manera.

Pues la doncella, llegada cerca de la cama, dijo: «Buen hombre, del ermitaño he sabido que sois caballero, é porque las doncellas á todos los mas caballeros somos muy mas obligadas por los grandes peligros que en nuestra defensa se ponen, acordé de os ver é dejar aquí del bastimiento de la nao todo lo que para vuestra salud en ella se fallare.» El no respondió ninguna cosa; antes estaba con grandes sollozos é gemidos llorando. Así que, la doncella pensó que el alma de las carnes se le partía, de que hobo gran piedad; é porque en la cámara poca luz habia, abrió una lumbrera que cerrada estaba, é llegóse á la cama por ver si era muerto, é comenzóle á mirar, y él á ella, todavía llorando é sollozando, é así estuvo por una pieza que la doncella nunca lo conoció, porque su pensamiento bien descuidado era de fallar en tal parte aquel que buscaba; mas viéndole en el rostro un golpe que Arcaus el encantador le fizo con la cuchilla de la lanza, cuando le fué por él quitada Oriana, como se os ha dicho en el libro primero, fizola recordar en lo que ante ninguna sospecha tenía, é claramente conoció ser aquel Amadís, é dijo: «¡Ay santa María! val, ¿qué es esto que veo? ¡Ay Señor! vos sois aquel por quien mucho afan he tomado.» E cayó de bruza sobre el lecho, é fincando los hinojos, le besó las manos muchas veces, é dijole: «Señor, aquí es menester piedad é perdon contra aquella que vos erró; que si por su mala sospecha vos ha puesto injustamente en tal estrecho, ella con mucha causa é razon padece la vida mas amarga que la propia muerte.» Beltenebros la tomó entre sus brazos é juntóla consigo, sin ninguna cosa le poder fablar; ella, dándole la carta, le dijo: «Esta vos envía vuestra señora, é por mí vos face saber que si vos sois aquel Amadís que ser solia, á quien ella tanto ama, que poniendo en olvido lo pasado, luego seais con ella en el su castillo de Miraflores, donde con mucho vicio serán emendados los dolores é angustias que el sobrado amor que vos tiene han causado.»